

Presentación

El mal tiene una dimensión histórica, aparece en configuraciones nuevas como la banalidad ante el mal, que en opinión de algunos puede llegar a ser peor que el mal mismo. Algunos creen que hay un mal extremo específicamente moderno y esto justificaría hablar de «el mal hoy», ubicando un tema antiguo en formas contemporáneas. Estas formas han tenido su ápice en el genocidio, concretamente en la *Shoah*. La aniquilación programática del pueblo judío, sobre todo, en los campos de exterminio durante la Segunda Guerra Mundial dejaría poco respiro a estrategias argumentativas frente al mal. Nunca la civilización habría llegado tan lejos en barbarie ni habría caído tan bajo en perversión. Como mal moral sería irrebalsable, pues la «solución final» trastorna cualquier oportunidad de supervivencia en sus destinatarios, difumina contornos personales y sociales –como la diferencia entre responsable y víctima–, envenena la relación con las cosas, con el tiempo y con el espacio. La buscada banalidad de la condición humana alcanza también a los ejecutores del exterminio: la ausencia de reflexión es propia del mal radical, como ocurre en el mal como puro proceso administrativo normalizado.

Pero tal vez hay que preguntar más allá de los conocidos planteamientos de Arendt o Adorno. Si el mal radical implica la renuncia al pensamiento, ¿cuáles son sus formas actuales? El vilipendio de la autonomía en el pensar, el secuestro de la opinión pública por las grandes agencias de información, el desprecio de la formación humanística y filosófica en los planes de estudio de naciones «avanzadas», ¿no significan una nueva presencia del mal radical? ¿No será que los campos de concentración eran solo el prelude de lo que hoy estamos viviendo, de ese gran campo de concentración globalizado? La interconexión informática tan celebrada conlleva una *damnatio memoriae* mayor de lo previsible.